

**DISCURSO DE INCORPORACIÓN DEL DOCTOR
OCTAVIO JELAMBI COMO INDIVIDUO DE NÚMERO
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS FÍSICAS,
MATEMÁTICAS Y NATURALES EL DIA 24 DE MAYO DE
1995.**

Señores Académicos,
Señoras, Señores,

Fueron largos, pero fructíferos, los años de trabajo que ocupé para realizarme profesionalmente, primero como docente universitario y luego en la vida institucional, logros que me condujeron hace cinco años al alto honor de ser electo Miembro Correspondiente gracias a la generosidad y buena voluntad de mis colegas académicos; honrosa distinción que me compromete, especialmente con mis postulantes y con la academia en sí, y hoy incorporarme como Individuo de Número de esta ilustre Institución, para ocupar el Sillón VII, dejado vacante por el sensible fallecimiento de mi distinguido colega y amigo, doctor Francisco Carrillo Batalla, del que como es tradicional haré una breve semblanza; pero antes me permitiré hacer un recuento histórico del Sillón VII.

El numerario Fundador del Sillón VII fue el doctor Melchor Centeno Grau, quien se graduó de Ingeniero Civil y Arquitecto en la Universidad Central de Venezuela, para recibirse luego como Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas, en la misma institución.

Durante su vida profesional ocupó el doctor Centeno Grau altos cargos en la administración pública; fue Ministro de Hacienda, Ministro de Obras Públicas, Diputado y Senador de la República. Asimismo se destacó en la construcción de ferrocarriles, caminos carreteros, acueductos y otras obras civiles.

OCTAVIO JELAMBI

Publicó el doctor Centeno Grau numerosos trabajos, producto de sus estudios e investigaciones, sobre el “Relámpago del Catatumbo”, “Sismología” y “Acueductos” de Caracas y otras ciudades del interior.

Además de Miembro Fundador de esta Academia, perteneció a importantes instituciones científicas venezolanas y extranjeras, y se hizo merecedor, por su labor científica y docente, a importantes reconocimientos nacionales e internacionales. El doctor Centeno Grau muere en esta ciudad el 3 de octubre de 1949.

Para reemplazar al doctor Centeno Grau, se incorpora el 14 de octubre de 1953, como Miembro Numerario, el doctor Guillermo Zuloaga, distinguido profesional de la Geología, graduado en el Massachusetts Institute of Technology, con el Título de “Doctor of Philosophy” en la especialidad de Geología.

A su regreso al país, el doctor Zuloaga se inicia como Inspector Técnico de Hidrocarburos, fundador de dicho servicio en el Ministerio de Fomento, para ser designado luego Director del Servicio Técnico de Minería y Geología, hasta 1939, cuando ingresó en la Creole Petroleum Corporation, donde, después de desempeñarse como Miembro del Comité de Gerencia de dicha empresa, es designado Director en 1951, hasta su Jubilación.

Numerosas publicaciones constituyen la valiosa bibliografía del doctor Zuloaga, sobre Geología, Geografía e Historia, con énfasis en los depósitos de Hierro de la Sierra de Imataca, el Oro de Guayana, el Petróleo y la Hidrología del país.

Por su labor científica y profesional recibió merecidamente importantes distinciones nacionales y extranjeras. El doctor Guillermo Zuloaga muere en esta ciudad el 2 de febrero de 1984.

Para ocupar el Sillón VII, por el sensible fallecimiento del doctor Zuloaga, se incorpora como Individuo de Número, el doctor Francisco Carrillo Batalla, el 31 de julio de 1985.

Nace el doctor Francisco Carrillo Batalla en esta ciudad capital el 27 de mayo de 1916, hijo de don José Tomás Carrillo Márquez y de doña Mercedes Edelmira Batalla.

Graduado bachiller, viaja a Europa para continuar sus estudios universitarios en la Escuela Politécnica de la Universidad libre de Bruselas-Bélgica, de donde egresa en 1936 como Candidato-Ingeniero y regresa a la patria

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

para continuar sus estudios en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela, donde culmina su carrera con el Título de Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas en 1939.

Comienza su carrera profesional como ingeniero de la empresa “Constructora Industrial” en 1940, encargado del diseño y ejecución de obras civiles y entre 1942 y 1947 se desempeña como Ingeniero Director y Vicepresidente Ejecutivo de la “Compañía de Crédito Urbano”, donde planifica y realiza importantes obras de urbanismo, cuando es nombrado Director General e Ingeniero Jefe de la Oficina de Planificación y Vivienda.

En 1943 se inicia en la docencia como Profesor de Análisis Matemático y Geometría Descriptiva, en la Escuela de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela.

En 1949 obtiene un Postgrado en Ingeniería de Estructuras en el Instituto de Tecnología de Chicago, Illinois, Estados Unidos de Norteamérica.

Como promotor y Presidente de varias Empresas, como anotamos, proyectó y ejecutó con éxito importantes obras civiles, en Caracas, Maracaibo, Puerto Ordaz, Ciudad Piar y Jubidana, desde 1940 hasta 1960.

Incursionó con éxito en la política, como Gobernador del Distrito Federal, 1959-1960, donde planificó y llevó adelante las avenidas Universidad, Libertador y Baralt, los balnearios de Catia La Mar y Naiguatá y 23 grupos Escolares para más de 30.000 alumnos; y Diputado al Congreso Nacional en 1969-1974, en el que forma parte de las comisiones de Política Exterior y Finanzas.

Perteneció a importantes instituciones profesionales, nacionales e internacionales, entre las que cabe destacar el Colegio de Ingenieros de Venezuela, la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles, la Asociación Nacional de Escritores Venezolanos, la Real Sociedad de Geografía de Londres y como Fundador y Presidente de la Fundación para el Desarrollo de las Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales. FUDECI.

Por sus trabajos se hizo merecedor de las siguientes condecoraciones nacionales y extranjeras.

- Gran cordón de la Orden del Libertador, Caracas.
- Médaille d' Honneur du Commerce Extérieur, Francia.
- Orden San Gregorio Magno, Pontificia, Roma.

OCTAVIO JELAMBI

- Orden al Mérito en el Trabajo, Caracas.
- Orden Andrés Bello, Caracas.
- Orden Leopoldo II, Bélgica.
- Ordre des Arts et des Lettres, Francia.
- Orden Diego de Lozada, Caracas.

Su vocación conservacionista la demostró como directivo de la "Fundación para la Defensa de la Naturaleza", FUDENA y sobre todo como Presidente y Miembro Fundador de la "Fundación para el Desarrollo de las Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales", FUDECI.

En esta última institución tocó al Dr. Carrillo Batalla, cuando asume su presidencia en 1980, poner en marcha importantes eventos internacionales y expediciones científicas a las regiones más remotas y desconocidas de país, en Caracas y en los Estados Amazonas, Bolívar y Sucre, entre las que queremos destacar las de mayor relevancia y significación, como son la "Conferencia Internacional sobre las energías alternas para la generación de Electricidad", que reunió en nuestro país a destacados expertos mundiales; la "Expedición Científica Internacional al Cerro La Neblina", considerada por los participantes como el mayor esfuerzo científico jamás realizado en Suramérica, que tuvo como Jefe de Expedición al destacado explorador Charles Brewer-Carías; la "Expedición Científica Internacional a la Serranía de Tapirapeco", bajo la dirección del distinguido académico-espeleólogo, doctor Eugenio de Bellard Pietri, cuya trascendente importancia se plasmó en la publicación titulada: "Tapirapecó - La gran aventura del Sur"; la importante "Expedición al Tepuy Guaiquinima", también realizada bajo la experta dirección del doctor de Bellard Pietri. Finalmente cabe señalar la pequeña, pero importante "Expedición al Parque Nacional - Península de Paria", con la colaboración de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales y la dirección del doctor Eugenio de Bellard Pietri, donde se identificaron más de 300 cuevas, casi todas marinas.

Así pues, FUDECI, bajo la activa y eficiente presidencia del doctor Francisco Carrillo Batalla, a lo largo de su historia, ha jugado un papel muy importante en la programación y desarrollo de variadas actividades científicas y tecnológicas.

Para terminar quiero agregar que el doctor Francisco Carrillo Batalla fue un hombre de una gran sensibilidad humana, siempre dispuesto a colaborar en todas las acciones tendientes a mejorar la calidad de vida del pueblo venezolano, con énfasis en las clases menos favorecidas.

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

En este sentido me permitiré citar textualmente declaraciones del doctor Carrillo Batalla, que reflejaban su claro pensamiento humanístico y social.

(cito) “Es indispensable poner en práctica una gran política social que le procure a los sectores populares los servicios y facilidades que contribuyan definitivamente a elevar su nivel de vida, figurando en primer lugar la educación y el entrenamiento profesional, la seguridad de las personas y sus bienes, y en general, el acceso al empleo bien remunerado, que entre otros beneficios permita gozar de viviendas adecuadas”.

“Ni neoliberalismo, ni socialismo, Venezuela debe tener su propia política económica, adaptada a las condiciones de nuestro país, sin influencias externas, eso si, tomando en cuenta las experiencias exitosas de otros países”.

“La inmensa mayoría de los venezolanos deseamos un cambio sustancial en lo moral, político, económico y social para corregir las aberraciones en que hemos incurrido en los últimos años”. (Fin de la cita).

Quiero ahora referirme a mi trabajo de incorporación como Individuo de Número, que titulé “447 años del Lago de Valencia” en forma de un resumen descriptivo, acercándome a las técnicas usuales en estos casos, pero tratando al mismo tiempo de emplear un lenguaje ameno, las más de las veces histórico-geográfico y anecdótico.

Comenzaré con un repaso desde el descubrimiento, hurgando lo que pueda de su oscuro pasado, prehistoria, geología, conquista, geografía, pintorescas leyendas, para seguir con un cabal análisis, producto de más de cuarenta años de estudio, vigilando el proceso que transformó esa zona de paisajes bucólicos, en un jardín de acero y piedra, con torreones humeantes y asquerosos riachuelos, responsables del grave deterioro sufrido por el lago en las últimas décadas, por la acción insidiosa de factores adversos de difícil control.

Asistamos primero a la gran revolución geológica que transformó ese pedazo de corteza terrestre, que nos tocó estudiar.

Sigamos a los geólogos que juegan con millones de años, para saber que hace apenas unos ochenta millones de esos años, por un cambio tectónico, surgió la Cordillera de la Costa, que originó más tarde aquel valle tan bello con su espejo de plata.

OCTAVIO JELAMBI

Parece que después se inundó nuevamente; sólo veinte millones de años separan las dos épocas. Pasó el mioceno y el oligoceno, pero sólo durante el gran plioceno, se terminó ese lento proceso de reajuste, dejando una profunda grieta, que redondeó más tarde el perímetro actual de nuestro lago hace apenas un millón de años.

Gigantescos megaterios pastaron en el valle y otras bestias menores estuvieron presentes en ese gran proceso de reestructuración.

Situemos ahora al hombre en este paraíso cerca del pleistoceno, y encontramos al indio y al lago nacidos en un edén caribe.

Petroglifos y cacharros de barro, iguales a los otros que de un rincón a otro de la patria encontramos sembrados, son las muestra de una pobre cultura de esos antepasados, que adoraron al sol y temieron al fuego; con primitivas flechas cazaron y guerrearon y del lago y la tierra sacaron su alimento diario.

Así llegamos a su descubrimiento, o mejor, toma de posesión que se produjo una fresca mañana lacustre, alborada de brumas y de vuelo de garzas, víspera de la pascua de natividad del año 1.547, a escasos cincuenta años de nuestro descubrimiento, cuando llegó a su orilla don Juan de Villegas y clavando una cruz en sus aguas, con el clásico gesto del conquistador, tomó simbólica posesión del lago Tacarigua, en nombre de su Rey, que era la Ley, según el comentario del Teniente Real don Antonio Manzano, que escribió un "Mapa en Prosa" de Valencia y su lago.

Así empieza para nosotros la historia de este lago, pero para sus viejos moradores, araguas, ajaguas, mucarios y meregotos había ya terminado, pues narran con certeza los historiadores que a la llegada del conquistador, ya no existían más indios a la orilla de lago, ya que tratando de detener en vano al invasor hispano, los caciques abonaron con su sangre las campiñas y sellaron con su nombre heroicas hazañas.

Queipa, Arichuna, Guacamayo, y el invencible cacique Maracay, "el jaguar", abandonaron sus más preciados bienes para luchar sin pausa hasta su muerte.

Para los indios el lago lo fue todo, principio y fin, salud y muerte, alimento y divina inspiración, odio y amor, en fin, fue síntesis y razón de su propia existencia.

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

Hablemos ahora de su geografía, de la grandiosa mentira de su geografía, de sus veinte y dos islas, ríos y leguas; cuando en realidad la sola verdad y muy triste por cierto, son los veinte y dos metros cúbicos de agua perdida cada segundo por evaporación.

Para justificar el quimérico número, algún arroyuelo tomó el nombre de río; la fecunda imaginación del narrador transformó un peñón recién nacido en magnífica isla; y sus veinte y dos leguas-cuadradas o lineales jamás fueron probadas.

El caño Aparo lo unió con Taguaiguay y por Bucarito llegó hasta el Orinoco. Yo también sé que el Tuy alimentó su cuenca y que el Guárico le llegó alguna vez por la calle de atrás de la Villa de Cura.

Sus islas, cuando crecen, tienen miedo del agua y se agarran por un brazo a la tierra, volviéndose penínsulas; fenómenos extraños vuelven siamesas otras, mientras que asoman vírgenes “nuevas aparecidas”.

Hace siglos Carotozona abandonó sus aguas, le siguió La Cabrera y también La Culebra y ayer no más Cura y Chambergó se volvieron penínsulas.

Los nombres de estas islas también tienen su historia, veinte y cuatro eran todas el año 19, cuando El Burro tenía su Burriquita, El Bagre un Bagrecito, La Bruja una Brujita y Caigüire se adornaba con una Cucaracha y una Hormiga.

Cuarenta años más tarde contamos sólo veinte y en la fauna lacustre que da el nombre a esas islas, faltaban La Culebra, Morrocoy, El Tuqueque y La Hormiga; y el pobre Fraile quedó sin monaguillo, pero en cambio encontramos tres nuevos animales, La Baba, La Guavina y Cotúa.

En el cincuenta y cuatro bautizamos con el nombre de Humboldt, el peñón conocido como “Piedra Pintada”, creyendo que era una de las que el llamó “aparecidas”, cuando en realidad los tres afloramientos, “bancos de arena”, que el sabio bautizó como unas nuevas islas, fueron localizados años más tarde hacia el oriente, camino a Magdaleno.

Pero hay otro fenómeno que una vez comparamos a las “aparecidas”, se llama el “Palo Brujo”, que marcó una leyenda el año 31, seguramente fijado allí ochenta años atrás, como hito de un lindero cualquiera o simplemente como un amarradero de pequeñas canoas que en la época bogaban por el lago.

OCTAVIO JELAMBI

Tristes y avergonzadas esas islas, ayer no mas lloraron la desgracia de una hermana perdida, transformada en injusta mazmorra, que cambió los gañanes por severos guardianes; nadie entendió por qué, ni quién seleccionó esa isla, en un cuadro tan bello, para instalar en ella un absurdo penal, que fue también gayola de jóvenes alzados, en los gobiernos que sucedieron al general Juan Vicente Gómez, que usó el lago para el comercio y sano esparcimiento.

Respecto a sus niveles que además de variables, son anarquía de autores, cambian también la cota de su lecho de limo.

Ese fondo de barro que guarda al parecer una ciudad entera, semejante a Sodoma y Gomorra, pues cuentan las leyendas que se perdió pecando y en castigo se le hundió para siempre; para algunos autores fue un villorrio de indígenas, pero también afirman que había sido construida por los conquistadores en lugar de Valencia.

Hoy conocemos bien su perfil batimétrico, donde no apareció la Cabaña de Piache, ni se mostró tampoco la veleta obligada de una de torre de iglesia, pero para consuelo de autores de leyendas, pudiera estar cubierta bajo un manto de lodo, visible a los creyentes pero no a los sonares.

¿Y que decir de sus ríos, de sus pobres y raquíticos ríos?. En verano sólo reciben los desechos de su vasto desarrollo industrial y las aguas servidas de las grandes ciudades; y en invierno, además de las cloacas, se vuelven canales que recogen las escorrentías de las pródigas lluvias.

El Turmero, el Maracay, el Cagua, el Cabriales y el Guacara dejaron de ser ríos. Se puede aplicar a todos ellos el chiste cruel que un día hiciera un presidente a su ministro, en San Joaquín, "Doctor, ya tenemos el puente fabriquemos el río".

Ayer había pozos saltantes y entonaban alegres canciones sus múltiples cascadas y ricos manantiales, hoy se ha tornado en pena aquella algarabía; ya no cantan sus saltos, por sus lechos se escurren polutos esos hilos de agua hasta llegar al lago, que agoniza indefenso; felizmente y para el alivio de los que hemos luchado, su saneamiento está hoy garantizado por un vasto programa de recuperación, con miras muy concretas de su aprovechamiento para calmar la sed de Valencia, Maracay y también de Caracas.

Toca el turno a los bosques que originan su vida, comenzando en la orilla, Samanes, Lecheritos, Bucares, Camorucos y hasta el Indio Desnudo,

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

montan guardia de honor; siguen luego subiendo, el Jabillo, el Yagrumo, el Jobo, el Castaño y el Araguaney y conviven en las cimas de niebla, los Caribes gigantes con gráciles palmeras.

Ya de las zonas bajas quedan tan sólo muestras, pues lo que perdonó el arado de bueyes, fue destruido con máquinas para saciar el hambre de un pueblo que crece como un hongo.

Por sus faldas avanzó, despacio pero con paso firme, el tenaz conuquero, ignorante del mal que causaban sus cortes y sus rozas. Año tras año la queman y la talan sin reponerle nada.

Otro mal se deriva de su desecamiento por mal uso del agua, que transformó esa tierra tan rica en las célebres “Calvas de Cagua” y en los “peladeros” de los bajos de Tococon adentro.

Terrenos “salitrosos”, temor de campesinos, se muestran blanquecinos y semejan un cáncer que avanza sin control, destruyéndolo todo, cual caballo de Atila. ¿Y qué decir de la salvaje ribera que nos deja vegas repletas de “caracolillo” y de “tierra que pica”, además de “cantiles”, temblorosos y húmedos?.

Los vientos que rizan sus aguas y azotan sus costas reciben también los más variados nombres. Se teme al “Valenciano” soplando del Oeste, que debe ser el mismo “Yaguero” o “Yabajero”; cuando viene del Este lo llaman “Turmerito”, pero cuando con fuerza presagia tempestades se torna en “Tococon” y por el Norte le llega el suave “Periquito”.

En sus aguas, aunque salobres cargadas de sulfatos, además de guabinas, las telapias, paneques, bagres, anguilas y sardinas, conviven con las babas, pese a su avanzado estado de eutroficación.

Aquellos viejos puertos que hasta hace poco unieron a Güigüe y La Cabrera, hoy se perdieron junto con Guayamure, Macapo, un Club Náutico, el Terminal del lago, Yuma y Boca de Río; los mismos que acogieron a los dos Valencia, al Urdaneta, al Tacarigua y también al San Pedro, pintorescos vapores que murieron de hastío después del 36.

Son los hombres de ciencia quienes quieren ahora ocuparse de su mal centenario, ojalá que su voz pudiera ser oída y les dieran recursos con qué sanar su herida. Sigamos el ejemplo de Tejera y de Böckh, así como de los tantos “quijotes”, que laboran callados con tenaz insistencia para lograr los fines que nos hemos propuesto, dentro de un organismo creado hace apenas

OCTAVIO JELAMBI

treinta años, por un grupo de mujeres y hombres convencidos de que su obra, noble y justa, sembraría el interés de los pueblos que circundan el lago, que se llama INCOLAGO.

Para finalizar invoquemos las gracias naturales de los grandes fenómenos que originan su vida.

Cordillera de la Costa y Sierra de Belén, madres mas que montañas, tomen en los cabellos que coronan sus cimas, el agua de las nubes que les besan la frente y cuando ya se agote esa posible fuente, hagan brotar el agua en ricos manantiales con un gesto simbólico de exprimirles sus opulentos senos. Que el ciclo que originan sus nodrizas, las nubes, formadas por vapores que suben hacia el cielo, se cierre y caigan raudas en formas de aguaceiros.

Justifiquemos todo lo que se pueda hacer; conservar bien los bosques, sabanas y praderas, canalizar los ríos, purificar sus aguas, usarlas con cordura para regadíos, controlar las industrias capaces de alterar el ambiente sano que reina todavía e incorporar el agua de las cuencas vecinas; en fin, hacer lo que se pueda, por difícil que sea, para salvar el lago, que se moría de sed.